

CUENTOS DE NEGRERÍAS

OSCAR G. PAMO REYNA ¹

Cuando leí por primera vez *Monólogos desde las tinieblas* quedé impresionado por la forma cómo el escritor Antonio Gálvez Ronceros trataba el lenguaje coloquial de los personajes afroperuanos de sus cuentos, a saber los habitantes del campo de Chincha.⁽¹⁾

⁽²⁾ Esta lectura me trajo el recuerdo de unos relatos que escuché contar a mi madre, en mi juventud, imitando ella con mucha gracia esa especial forma de hablar del campesino chinchano. Años más tarde, me deleité con la lectura de las novelas y cuentos de Gregorio Martínez con sus personajes afroperuanos de Coyungo y Acarí, que me recordaban los relatos de mi madre y que me dejaban con la duda de publicarlos o no.⁽³⁾

Recientemente, releí la reciente edición de los *Monólogos* y de nuevo me vino a la memoria aquellos relatos maternos.⁽⁴⁾ En esta ocasión,

1 Gálvez Ronceros, Antonio. *Monólogos desde las tinieblas*. Lima: Inti-Sol Editores, 1975. Con reediciones: Munilibros/6 (1986); Ediciones Peisa (1999, 2009).

2 Los esclavos negros traídos del África fueron distribuidos a lo largo de la costa peruana en las haciendas y plantaciones de sus amos. La provincia de Chincha, a unos 200 Km al sur de Lima, se ha caracterizado por la concentración de afrodescendientes que se han destacado por cultivar el canto, el baile y la comida de sus ancestros. Los que se acriollaron con las costumbres indígenas y españolas para dar lugar a lo que ahora es la cultura afroperuana.

3 Gregorio Martínez Navarro (Coyungo, Nazca, 1942). Notable escritor y representante de la narrativa afroperuana.

4 Gálvez Ronceros, Antonio. *Monólogos desde las tinieblas*. Lima: Alfaguara, 2017.

el autor Gálvez Ronceros, en una entrevista aseveró:⁽⁵⁾

– **A pesar de ello, ¿aún se siente inclinado a seguir reflejando este mundo en sus relatos?**

Si se trata de que yo tenga que seguir escribiendo sobre estos personajes, con el mismo ambiente, puedo hacerlo, porque hasta el momento lo que se ha escrito es insuficiente. Se puede generar más historias con las mismas situaciones de vida de estos personajes y entiendo que eso no se va a sentir como algo inútil: siempre servirá para enriquecer lo poco que se ha hecho hasta el momento.

– **¿Por qué cree que otros escritores no han seguido esta veta literaria?**

Es curioso. Mi primer libro de cuento con estos personajes -afrodescendientes campesinos- se dio a conocer en 1975. Han transcurrido muchos años y no conozco un libro sobre los mismos personajes de un autor diferente. Nadie me ha seguido hasta el momento. Nadie ha seguido esta veta no sé por qué. Si este ambiente, con este tipo de personajes, está cambiando yo creo que no es razón para abandonar ese ambiente. Vale la pena seguir escribiendo sobre ellos.

5 Martens, Alexandra. Voces entre sombras. Revista Caretas, 18 de mayo del 2017; 2488: 54-55.

¹ Profesor principal. Facultad de medicina, Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Estas dos respuestas me animaron a publicar los siguientes relatos cortos. Desconozco si mi madre los leyó o le fueron relatados, por supuesto que mucho antes que Gálvez Ronceros escribiera sus *Monólogos*.

Respeto los argumentos originales y he tratado de reproducir el lenguaje del campesino afrodescendiente de nuestra costa tal como me fue contado aunque la grafía es mía. Quiero resaltar el trasfondo sociocultural del contenido de estos simples relatos.



VENAÍTO ASAO

El negro Francisco sacó cuidadosamente al venado que había caído en su trampa. Le ató las patas, lo levantó y lo colocó entre sus hombros por detrás de la nuca y se dirigió a su casa.

- ¡Fraincica...Fraincica...Fraincica...! -
vociferó Francisco al arribar.

Francisca, su mujer, salió presurosa.

- ¿Qui' a pasao, Fraincico?

- ¡Botaron camote, botaron frejore!

- ¿Cómo, Fraincico?

- ¡Botaron camote, botaron frejore!

- Pero Fraincico, ¿Poqué ice' so?

- ¡Botaron camote, botaron frejore! ¡Ora vamo a comé venaíto asao!

- Ta'bién, Fraincico, pero no botaron camote no botaron frejore.

- ¡Botaron camote, botaron frejore! Ora vamo a comé venaíto asao, he icho!

- Ta'bién, Fraincico.

Y, Francisca, muy temerosa, escondió los camotes y los frejoles tal que Francisco no lo advirtiera.

Francisco se aprestó a beneficiar al venado. Lo puso contra el suelo, sujetándolo con una mano y las rodillas, cortó las cuerdas y cuando cogió el cuchillo para degollar al animal, y... (zás) este se incorporó violentamente y huyó

hacia el bosque.

Francisco, con la tristeza dibujada en su rostro, se quedó viendo cómo el venado desaparecía en lontananza. Se levantó y se volvió hacia su mujer.

- ¡Fraincica...Fraincica...!

- ¿Sí, Fraincico?

- ¡Recogeron camote, recogeron frejore!

- ¿Cómo?

- ¡Recogeron camote, recogeron frejore!

- Ya ve, Fraincico, ...ya ve uté...ya ve uté.

Y, Francisca sacó los camotes y los frejoles.



EL SALUDO DE LA PATRONA

Al enterarse la patrona que el peón Francisco y los miembros de su familia estuvieron enfermos en los días previos, envió a su chofer con un saludo. Así, el enorme automóvil se estacionó frente a la casucha, en medio del terral, al costado de la chacra. Bajó el chofer, caminó hacia la puerta, a la vez que con su quepí espantaba a las gallinas que se le cruzaban en el camino. Al llegar a la puerta, limpió sus zapatos con el pañuelo, sacudió el polvo de sus pantalones con el quepí antes calzarse este en la cabeza, se arregló el saco y ajustó el nudo de la corbata. Tocó enérgicamente la puerta y apareció Francisca, la esposa de Francisco.

- Iga uté. – Atinó a decir Francisca.

- ¿Es usted la señora Francisca?

- Sí, pa' servirle a uté.

- Hummm... - carraspeó el chofer. Y con voz aplomada dijo:

- Me envía la patrona para preguntarle cómo se encuentra el señor Francisco, la señora Francisca y los niñitos.

- Ohh... ¿Eso ijo la patrona? – Francisca abrió y tornó los ojos como dos faroles.

- Así es.

- ¿Pue'e repetí? – dijo la sorprendida Francisca.

- Me envía la patrona para preguntarle cómo se encuentra el señor Francisco, la señora Francisca y los niñitos.
- ¡Ohh...! ¡ña Cotito, ña Cotito, ña Cotito,... venga uté! – Corrió Francisca donde su vecina. Esta salió.
- ¡Ecuche uté, ña Cotito...! - y Francisca se dirigió al chofer.
- ¿Puee uté repetí lo que ijo la patrona?
- Me envía la patrona para preguntarle cómo se encuentra el señor Francisco, la señora Francisca y los niñitos.
- ¡Ohh...comaire Iné, comaire Iné, comaire Iné,...venga uté! – Corrió Francisca donde su comadre, quien salió presurosa al llamado.
- Ecuche uté, comaire Iné...- y Francisca se dirigió al chofer.
- ¿Puee uté repetí lo que ijo la patrona?
- Me envía la patrona para preguntarle cómo se encuentra el señor Francisco, la señora Francisca y los niñitos.- Repitió una vez más el chofer frunciendo el ceño.
- ¡Ohh...ño Lui..ño Lui...venga uté...! - Dijo dirigiéndose al viejo don Luis que pasaba por allí.
- Ecuche uté, ño Lui...- y Francisca se dirigió al chofer.
- ¿Puee uté repetí lo que ijo la patrona?
- Me envía la patrona para preguntarle cómo se encuentra el señor Francisco, la señora Francisca y los niñitos.- Repitió una vez más el chofer apretando los dientes.
- ¡Fraincico, Fraincico,...ecucha, ecucha lo que ijo la patrona...! - Dirigiéndose a su marido que llegaba a casa e inquiréndole al chofer a la vez.
- ¿Puee uté repetí lo que ijo la patrona?
- ¡¡¡Me envía la patrona para preguntarle... Cómo se encuentra el negro Francisco, la negra Francisca y los negritos!!!



ANGELITO DE CIELO

- Francisca y su vecino retozaban en el lecho. De repente, sobresaltada Francisca se levantó, y cubriéndose con la toalla, en voz baja dijo:
- Ecuche, compaire Manué...shhh, ecuche...
- Al rechinar de la puerta al abrirse siguieron unos pasos, era su marido. Este había terminado temprano sus labores en la chacra y había decidido retornar a casa.
- Don Manuel se levantó de un salto, cubrió su cara y su desnudez con una sábana y no teniendo tiempo para ocultarse se paró encima de la vieja silla que fungía de velador.
- Al entrar Francisco, halló una escena compuesta por su mujer que apenas cubría su desnudez con la toalla, el lecho revuelto y un sujeto parado encima de la silla cubierto con la sábana de la cabeza a las rodillas y con los brazos en cruz.
- ¿Qué pasa, Fraincica?
 - Na’a, Fraincico...¿Poqué, Fraincico?
 - ¿Quién e ese d’allí? – Señalando Francisco al ensabanado sujeto.
 - ¿Quién, Fraincico? – Dijo Francisca haciéndose la desentendida.
 - Ese d’allí.- Retrucó Francisco.
- Francisca volteó y mirando al casi fantasmal sujeto, exclamó:
- ¡¡¡Ohhh...Miragro !!! ¡¡¡Miragro...Miragro, Fraincico...!!! – vociferó, Francisca.
 - ¿Miragro? – Dijo el sorprendido marido.
 - - Sí, Fraincico...miragro ¡¡¡...miragro !!!
 - ¿Quién e ese d’allí? – Señalando nuevamente Francisco al encubierto.
 - E...e...¡E un angerito de ciero, Fraincico!... ¡Ha bajado un angerito de ciero!
 - ¿Angerito de ciero, no?...¿Angerito de ciero, no?...- y, cogiendo un palo exclamó:
 - Pué, angerito de ciero...¡ po’ onde bajá, subí! Y, golpe con el “angelito de cielo”.